

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Adiós, año 1906! Año de calamidades, asolamientos, erupciones, inundaciones de lava ardiente y de agua fangosa, incendios, fusilamientos, ahorcamientos, matanzas, explosiones de bombas desde Rusia hasta Madrid, terremotos que destruyen ciudades enteras, tifones y ciclones que devastan comarcas, sequías que hacen perder las cosechas, duelos á muerte, crímenes á granel, suicidios á manta, choques y descarrilamientos de trenes á diario, naufragios colectivos en que se ahogan centenares de seres y amenazas sordas, continuas, de lepra y de pestes orientales.

Sólo la guerra faltó, entre las plagas que los miserios humanos, niños eternos, sufrieron más ó menos resignados y pacientes, durante los 365 días (creo que no es año bisiesto) que ha durado el difunto 1906. Así es que las maldiciones que acostumbra á prodigar á los años pretéritos, denigrándolos y poniéndolos como chupa de dómíne, redoblarán al caer 1906 en el saco inconmensurable donde el Tiempo recoge la anual hoja seca, arrugada y negruzca cuanto verde y tiernecilla aparece la de 1907 sobre la rama del árbol secular.

1906 se ha llevado á la sepultura, entre otras personas de valía, al gran dramaturgo noruego Enrique Ibsen.—No todo el mundo le admiraba: Ibsen encontró críticos acerbos; en los países latinos apenas le ha comprendido el público. No hay nada tan perjudicial para un autor, en un país latino, como la fama de abstruso, profundo y remontado. Los que sencillamente declaramos que entendemos y percibimos, al menos en gran parte, lo que Ibsen y Wagner significan, damos á sospechar que pretendemos situarnos más arriba que el público, en regiones inaccesibles; en suma, que nos encumbramos desdeñando al vulgo. Y yo declaro que ni Ibsen ni Wagner me han parecido oscuros jamás, antes al contrario, expresivos y emocionantes en grado sumo; Ibsen, además, realista y verista, y observador concreto de la naturaleza y la psicología humanas. Sus caracteres sangran verdad, una verdad honda, más allá de las apariencias insignificantes que acaso son las mismas para todo sér civilizado. Bajo la librea uniforme de la civilización, Ibsen supo descubrir los instintos, los atavismos, los desfallecimientos y las aspiraciones infinitas de nuestra época. Así muchos le han considerado el primer poeta del siglo XIX en su segunda mitad.

Sus facultades dramáticas eran excepcionales. Los perezosos del público español, más holgazanes aún de espíritu que de cuerpo, declararon «pesado» á Ibsen y le enterraron bajo este adjetivo vago y arbitrario, que á todo se aplica, á una comedia y á un sermón, á un drama y á un baile.—Para mí, en arte y en poesía, lo pesado es lo vacío. Obras de las más ligeras me aburren. Ibsen no me aburre nunca; ni leído, ni representado. «Esto no es teatro»—oigo repetir.—Y sonrío, porque cualquiera pensaría que el teatro tiene una pauta eterna. ¿Sería hoy teatro un auto sacramental? Lo era en el siglo XVII. El teatro

de cada pueblo y de cada período de la vida histórica de ese pueblo, revela el desarrollo de su evolución. La gente septentrional, á la cabeza de la cultura contemporánea, tiene un teatro más sincero, más profundo, más verdadero que el nuestro. No por otra causa aquí ha desagradado Ibsen, y en cambio agrada... Tente, pluma.

Lejos de ser pesado, uno de los méritos de Ibsen consiste en la rapidez y concentración. Ningún clásico observó mejor la unidad de tiempo, encerrando en breves horas la intensa acción dramática. En esto no es realista Ibsen, sino, principalmente, efectista y dramaturgo; artista en la preparación de catástrofes y conflictos, de impresiones que sugieran al espectador el estado de ánimo que el autor se propone. Razón de más para declarar que Ibsen hace teatro, pero teatro cuyas trampas y cartones revisten un alma. El artificio escénico sirve, en Ibsen, para descubrirnos intimidades espirituales, á diferencia de otros autores, que nos avisan de que van tratar una tesis, y no nos entregan más que un mecanismo frío y falso, el alambre y el oropel de la farsa escénica, sin tuétano espiritual. Sin duda estos últimos dan menos que discurrir, y el público español, y en general el latino, los prefiere.

Ibsen ha muerto este año, biológicamente hablando; pero su cerebro poderoso no existía ya; la disolución de sus facultades mentales se había iniciado, según parece, desde hace tiempo. Eso que antes se conocía por chochez y ahora se llama sabiamente arterio-esclerosis, y determina los fenómenos que caracterizan á la senectud avanzada, pesaba sobre el gran poeta. Sería preciso contar, desde que se inició tal estado, la fecha de la desaparición del único Ibsen que nos importa. Lo que perdimos este año fué un poco de carne mortal empujada por la inflexible vejez á la tumba.

Figura teatral también, y de primera línea como intérprete, la trágica Adelaida Ristori—otra víctima de 1906.—Tampoco la edad permitía trabajar á la gran Ristori, que en 1898 por última vez hizo resonar en las tablas su acento prestigioso, contando ya setenta y cuatro rigurosos inviernos! Adelaida Ristori dominaba con igual señorío el teatro romántico y la tragedia griega, y su creación de *Medea* (inspirada en Eurípides) no tenía nada que envidiar á su creación de *María Estuardo* (inspirada en Schiller). Asombroso era su modo de encarnar á *Isabel de Inglaterra* y de caracterizarse, desde el primer acto en que aparecía rozagante, orgullosa, dura y sensual, reproduciendo con admirable precisión el modo de ser de su padre Enrique VIII, hasta el acto último en que se la veía marchita, deshecha, agonizando y retorciéndose entre remordimientos y fantasmas, con el sello de la edad y del terror de ultratumba.

Sólo con recordar la figura de Adelaida Ristori, se comprende hasta qué punto evolucionaría el teatro. Si la Ristori nace algunos años después, en vez de ser *Medea ó Pia di Tolomei*, la *Estuarda* ó la hija de Ana Bolena, hubiese tenido que ser la *Nora* de Ibsen, la *Francesca* de d'Annunzio, ó el *Aquilucho* de Rostand. Y quizás no descollase tanto en el drama moderno, á cuya complejidad no se adaptaría la amplitud y sencillez de sus facultades de trágica insignia.

Y España ¿debe señalar con piedra blanca la fecha del año que termina, ó debe, por el contrario, buscar el chinarro más negro y colocarlo sobre la cifra de 1906?

Años hemos tenido que superaron á éste en acarrearnos desgracias: recuérdese aquel sombrío y terrible 1898. Durante el finado hemos vegetado sin trastornos profundos, si se exceptúa el que produjo en el espíritu de la gente medrosa y apocada el atentado de Morral. Espeluznante fué, no cabe negarlo, el crimen del anarquista; pero su misma violencia revela el carácter completamente excepcional que revistió. Al día siguiente de haber hecho todo género de estragos la bomba de la calle Maycr, era cuando el miedo debía oprimir menos los corazones. Por la formidable válvula de la explosión desahogó el instinto destructor para mucho tiempo; no se repetirán tan pronto actos como el del tremendo sectario, ni es creíble que, aun acordados en conciliábulos más ó menos secretos, se encuentre siempre quien vaya determinado á ofender la vida ejecutando el acuerdo al pie de la letra. Y si admitimos algunas interpretaciones bien fundadas de los actos y conducta de Morral antes del crimen, todavía es lícito suponer que anduvo buscando—¿quién sabe si inconscientemente?—el medio de libertarse de cumplir su cometido, delatándose de antemano, á fin de ser preso. No de otra suerte encontrarían explicación satisfac-

toria la inscripción en el árbol, el ensayo de puntería arrojando á los tranvías naranjas, los anónimos recibidos en altos centros, que difundieron por Madrid, antes de que se cometiese, el rumor del atentado y hasta de la calle en que iba á ocurrir, y tantas otras indiscreciones, que no han de considerarse involuntarias, y que precedieron al trágico momento. No debe, pues, eternizarse la depresión moral que se produjo en Mayo y todavía perdura. Cada hora del vir trae su peligro, y los menos esperados son los más temibles.

Entre las notas reanimadoras habría que reseñar en primer término los triunfos del inventor del *telekino*, la concesión del premio Noebel al sabio histólogo Ramón y Cajal, el éxito de la Exposición Sorolla en París, la botadura del *Reina Regente* y el *superávit* del presupuesto. Debo, sin embargo, hacer constar que de esto último no me fio: el escepticismo más absoluto se ha apoderado de mí. Si fuese cierto que cada año tenemos más millones, que el dinero nos sobra y que nuestro crédito financiero sube hasta las nubes, á proporción ascendería nuestra cultura, nuestro bienestar, ó al menos comenzarían á aligerarse los gravámenes que pesan sobre las clases laboriosas y también sobre las que no lo son, y pagan chorreando. Lejos de suceder así, se piensa en nuevos recargos y tributos, se aprieta el tornillo hasta que la argolla acaba de estrangular al contribuyente. Si creciese nuestra riqueza á medida que se desahoga el Erario, ¿cómo concebir esta gradual despooblación de nuestra patria, que recuerda la de las postrimerías del siglo XVII? En la lista de nuestros males olvidé incluir la emigración, probablemente el mayor de todos. Sin que nadie se preocupe, sin que se piense en contener la sangría suelta, pueblos en masa desfilan, á agenciar en el continente americano ó en las Antillas lo que les falta aquí: el sustento. Buques y más buques abarrotados de emigrantes se hacen á la mar casi diariamente; antes emigraba el mozo animoso, dispuesto á enviar desde allá á su familia con qué pagar al fisco y adquirir el cotidiano pan: ahora emigran mozos y viejos, mujeres y niños, la familia toda; los sirvientes entran en las casas á aprender nociones de su obligación y están dispuestos á embarcarse tan pronto como sepan lo elemental y puedan «colocarse» allá lejos, fuera de la patria. Los campos están cultivados por mujeres: esas mujeres, apenas núbiles, ó no han alcanzado la edad de embarcarse todavía, ó las retiene en su aldea amores y deberes; pero á la primera ocasión también ellas levantarán el vuelo, porque ya no queda golondrina en alero ni paloma en palomar... ¿Se concibe que la emigración adquiriese tal incremento si en España soplasen vientos de prosperidad? La población desaparece huyendo del fisco, del encarecimiento inexplicable y criminal de los artículos de primera necesidad, de cuanto imposible el subsistir. No es una idea sórdida de lucro la que les empuja: es que no pueden hacer otra cosa, justamente porque el Estado no se preocupa del gravísimo problema que tiene á la vista y que debiera importarle en primer término. El hombre de Estado y el hacendista no deben ver en la tributación un fin, sino un medio. Recaudar es bueno, si la recaudación no se convierte en exacción perjudicial y funesta. No importa que el presupuesto se cierre con *superávit*; lo que debe cerrarse con *superávit* es el balance general de la patria. Y el *déficit* horrible que causa la partida de la emigración responde con cargada burlona á las cuentas galanas de los ministros de Hacienda, que creen, por lo visto, que todo se reduce á estrujar y cobrar.

He aquí por qué deseamos que el año 1907 no sea de hemorragia; que se ataje la emigración y se pongan en práctica los medios para sujetar sin violencia en territorio español á la gente española. Se habla de regionalismo y separatismo, y no se repara en este proceso de desintegración, mil veces más amenazador, en las actuales circunstancias, que todos los alardes de bizkaitarras y catalanistas. Radical manera de desnaturalizarse es la de meterse en un barco y dar desde el puente un adiós á la costa de la tierra nativa, envuelto en todas las nostalgias que se quiera, pero al cabo un adiós, y no el del viajero que retornará, sino el del emigrante que se lleva, como Eneas al salir de Troya, sus penates, su descendencia, cuanto le ligaba al suelo donde le tocó nacer... Esto sólo tiene un remedio. ¿Empezarán á aplicarlo los gobernantes en el nuevo año?

EMILIA PARDO BAZÁN.